PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: mes. . . . . 1 pesetas.
— año. . . . . 11 »
Provincias: trimestre. . . . . 5 »
— semestre. . . . . 10 »
— año. . . . . 18 »

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Número suelto 5 céntimos

EL GLOBO

Diario independiente.

ESQUELAS Y ANUNCIOS

Se reciben en la Administración de este periódico, calle Mayor, núm. 6, hasta la una de la madrugada y en nuestros talleres, plaza de la Encarnación, núm. 4, hasta las dos.

CINCO EDICIONES DIARIAS

Número suelto 5 céntimos

AÑO XXX.—NUMERO 10.486 — OFICINAS: MAYOR, 6. MADRID. TELEFONO, 772 — DOMINGO 29 DE MAYO 1904.

EL ACTO LIBERAL DE AYER

IMPRESIÓN GENERAL

Los que van camino de Villavieja, recuerdan emocionados aquellas serenatas que frente al domicilio del Sr. Sagasta presenciaba Madrid las noches de los días 20 de Julio. Ráfagas postreras de los entusiasmos del progresismo histórico, cuya devoción por Espartero y Prim vino á recaer en D. Práxedes, orearan la atmósfera política saneándola, demostrando que para el pueblo que siente hondo y piensa sin distingos, aquellas expansiones motivadas por el grito de ¡libertad! y por las vibrantes notas de himnos populares constituían una manera categórica, incomparable, de manifestar lo que sentía y afirmar lo que anhelaba.

Anoche, al llamamiento de los prohombres liberales, acudieron 6.000 ciudadanos á los Jardines, deseosos de oir hablar de libertad, de algo que ya parecía borrado de la fraseología política imperante, de anhelos de justicia y de que el pueblo intervenga en la vida pública directamente...

Oímos los discursos; seguimos atentamente la maravillosa palabra del Sr. Moret, que estuvo felicísimo en la exposición histórica, verídico en la narración de las causas de la división de los liberales, lleno de abnegación al señalar los medios conducentes á que tal división termine. Aquel auditorio inmenso, esclavizado por el poderío de aquella voz armoniosa y sugestiva, palpitaba y aplaudía conforme al pensamiento del gran orador, que á sus grandes triunfos de treinta años, puede sumar como el mayor de todos, el de anoche.

El pueblo liberal madrileño acogió con unánimes aplausos las enérgicas palabras del conde de Romanones, al afirmar que se ha de combatir al actual Gobierno, no por ser más ó menos conservador, sino porque ha reunido á su alrededor, resucitándolos, á los elementos clericales que hace treinta años fueron anulados para intervenir en la gobernación del país. Entonces sí que hablaba, en los aplausos y aclamaciones, el alma del pueblo, harto de ver que junto á Maura se agitan, con ímpetus dictatoriales, todos los intereses, todas las concupiscencias, todos los adinerados que buscan así un *exequatur* para sus afanes, un *bill* de indemnidad para sus audacias.

Sintetizando, la impresión que sacamos de la reunión de anoche la resumiremos así:

Adhesión incondicional y fervorosa al Sr. Moret.

Afirmación de que los liberales desean la unión de todos los antiguos elementos del partido, pero sin imponerla humillando, ni aceptarla humillándose.

Declaración de que para llegar á la unión el Sr. Moret será el primero en sacrificarse, siempre que su sacrificio no implique el abandono del sagrado depósito de confianza que debe á sus correligionarios.

Antes del acto.

Apenas abiertas las puertas de los Jardines, fueron llenándose rápidamente las localidades del teatro; viéndose en los palcos numerosas comisiones de provincias. En el palco del Ayuntamiento hallábase el Sr. Aguilera rodeado de los concejales y exministros del partido.

En el escenario tomaron asiento los senadores y diputados que lo son y han sido, el comité provincial y otros muchos liberales dignificados.

En los pasillos, la afluencia de público era también extraordinaria.

Hubo un momento en que se hizo materialmente imposible penetrar en el local; tan atestado hallábase éste de gente.

En el centro de la escena, en el sitio ocupado ordinariamente por la concha del apuntador, situóse la mesa presidencial, cuyo sitio preferente ocupó el Sr. Moret, teniendo á su derecha á D. Amós Salvador, y á su izquierda al conde de Romanones. A la derecha del señor Salvador estaba el secretario del Comité provincial, Sr. Raboso.

Empieza el acto.

Poco después de las diez comenzó el Sr. Raboso á dar lectura á los nombres de entidades y particulares que habían enviado adhesiones al acto.

Explosión del acto.

Seguidamente levantóse el Sr. Moret, siendo objeto de una cariñosísima ovación.

Después de explicar que uno de los principamotivos de la reunión era proclamar el Comité provincial del partido, leyó la propuesta para dicha proclamación.

Del Comité provincial es presidente efectivo el señor conde de Romanones y honorarios los señores duque de Veragua, Salvador, Aguilera y Merino.

Terminada la lectura, el Sr. Moret preguntó á los concurrentes si aprobaban la constitución del Comité.

El público respondió afirmativamente y el Comité quedó aprobado por unanimidad.

LOS DISCURSOS

El conde de Romanones.

Al ponerse en pie el señor conde de Romanones fué aplaudidísimo.

«Amigos y correligionarios—comenzó diciendo el joven y elocuente ex ministro—gracias por el honor que me habéis dispensado elevándome á la presidencia del Comité provincial. Yo dedico esos aplausos que me tributáis á la memoria de nuestro malogrado jefe el Sr. Sagasta.»

Recordó después con elogio la gestión del señor Aguilera al frente del Comité provincial, afirmando que al cargo reviste importancia por haber á su cargo la organización de las elecciones. A propósito de éstas, afirmó que el partido liberal ha acudido siempre en ellas resultados brillantes.

Detalló después la organización de los Comités de distrito y el trabajo que han de realizar éstos.

Al terminar esta parte de su discurso, dijo el conde de Romanones.

«Realmente, yo no debía añadir una sola palabra á las ya por mi pronunciadas, pero dos meses de silencio son bastantes para disculpar el que ahora no me calle».

Recordando el día en que tuvo que decidirse por un jefe, afirmó que resolvió seguir las inspiraciones del Sr. Moret, por creerle el único capaz de encarnar la libertad y la democracia. (Grandes aplausos acogieron esta afirmación.)

A los hombres políticos ya no se les cree por sus palabras, sino por sus hechos. El país desea [illegible] medidas de gobierno para resolver [illegible] cuestiones trascendentales.

No se puede afirmar hoy que la opinión del país está con nosotros, no.

Las ideas liberales y democráticas hállanse en entredicho. Enfrente de nuestro partido álzase una personalidad grande, sí, pero en la cual está encarnada la España reaccionaria y clerical.

¿Quién apoya á ese hombre? ¿Quién le anima y le sostiene en su alto puesto? Los que desde la revolución de Septiembre acá han tenido que permanecer escondidos en sus casas.

Los que no estuvieron tampoco con Cánovas, porque Cánovas era conservador, pero no era clerical. La gente que no tuvo confianza en Silvela, que no pudo inspirársela á nadie, está con él.

¿Qué tenemos para combatir á ese enemigo?

Recordó el orador lo que fué el partido liberal; confirmó la Monarquía cuando la Restauración, salvó á la Regencia y llevó al Rey á la mayor edad.

«No soy yo el llamado á indicar las relaciones que hemos de sostener con aquellos que nos son más afines. El jefe lo dirá. El partido liberal está hoy tan unido para todo, como en tiempos del Sr. Sagasta.

Si á los hombres políticos debe preguntárseles qué harán cuando sean Gobierno, y esta pregunta se hiciere á nuestro partido, la respuesta es sencilla. Haremos lo contrario de lo que hace el partido conservador.

Yo no quiero el poder viniendo de la Corona. (En este instante, un fogonazo de magnesio interrumpe al orador y denuncia una instantánea.) Tampoco lo quiero por una abdicación de principios ó ideas. El partido liberal debe llegar al poder impuesto por la opinión.»

Terminó diciendo que el Sr. Moret es quien debe indicar el camino que ha de seguir el partido, en la seguridad de que todos los elementos que le constituyen han de acatar sus decisiones con el *mismo entusiasmo* que hasta ahora lo han hecho.

(Grandes aplausos acogieron las palabras del batallador y fogoso exministro.)

D. Amós Salvador.

Queridos amigos y correligionarios: Mi querido amigo el conde de Romanones tenía absoluta necesidad de dirigiros la palabra, aunque no fuera más que para daros las gracias al tomar posesión del cargo de presidente del Comité Provincial de Madrid, y en ello ha encontrado, no ya pretexto, sino motivo para pronunciar un discurso político.

Y no hay que decir que el Sr. Moret debe hablar, puesto que todos venimos exclusivamente á oir uno más de sus elocuentísimos discursos.

El que no sé si tiene colocación apropiada; el que no sé si debía intercalarse ahora entre los dos, soy yo; como no sea para decir aquellas poquísimas palabras que puedan saber en unos cuantos minutos y que sirvan todavía de aperitivo al verdadero apetito que ya sentimos todos por oir, el de seguro elocuente discurso de nuestro querido jefe.

Os va á hablar del programa. Pero, ¿porque no lo tenemos? No. Es porque la opinión pública desea que, en ciertos momentos, se hable de programas y se amplíen y esclarezcan algunos puntos en relación con las circunstancias, y como nosotros deseamos vivir con la opinión y, además, no nos duelen prendas, iremos á demostrar que nuestro programa es el más liberal de cuantos hayan tenido jamás los partidos liberales en España, y aún que pudieran formarse, porque tenía la flexibilidad necesaria para acomodarse en todo momento, á las necesidades liberales que pueda sentir el país.

Pero no hemos dejado de tener programa un solo instante.

No hay para qué decir que lo teníamos cuando vivía nuestro llorado jefe el Sr. Sagasta. Y cuando murió, decidimos seguir con sus mismos ideales, procedimientos y conducta.

Transigimos con que el Sr. Montero Ríos hiciera uno nuevo, porque queríamos, ante todo, que el partido liberal no se desuniera, y con él hubiéramos vivido sin que, por nuestra parte, se produjera la más insignificante disidencia.

No fuimos nosotros, sino los que lo hicieron, quienes creyeron conveniente modificarlo, y lo modificaron á espaldas nuestras, y cuando en libertad, que lamentamos, porque queríamos vivir unidos, volvimos la vista al que formaron los Sres. Moret y Canalejas, cuando estos personajes tomaron parte, en Marzo, de un ministerio presidido por el Sr. Sagasta. Y no podíamos tener mejor programa que aquel que había sido aceptado por el Sr. Sagasta y que había formado nuestro actual queridísimo jefe. Y la prueba de que era excelente, es que la gran masa del partido liberal, la que era tan liberal como Sagasta, la que había de ver con especiales simpatías que se recogieran tradiciones de su llorado jefe, se vino con nosotros y está con nosotros.

Los que miran estas cosas de una manera superficial, se fijarán, acaso, en aquella asamblea que se convocó para que un partido único tuviera un solo jefe y que dió por resultado el que ni hubiera un solo jefe ni un solo partido: y harán acaso algunas proporciones para deducir tantos por cientos.

En tal caso, llegarán á decir que en aquella Asamblea representábamos nosotros un 48 por 100 y los otros un 52; y aunque un 4 por 100 no es para enorgullecerse mucho, todavía dirán que ese 4 por 100 está en contra nuestra; pero los que miran más hondo, los que buzan en el pueblo para compenetrarse con él, habrán visto de modo evidente, que la masa del partido liberal está con nosotros.

Yo vengo ahora de Cataluña y Andalucía y he visto que Barcelona está con nosotros, Tarragona con nosotros, Granada, Almería, Sevilla, Huelva, Jaén, y no os hablo de otras regiones, porque ni las he recorrido ni quiero agrandar nuestras grandezas en estos momentos en que por todas partes, y por altos y bajos, se habla de unión del partido liberal. Teniendo, como sabéis, monomanía por esa unión, no he de olvidar ahora quién soy y quienes somos. Yo como somos, y soy, los que más han querido que el partido liberal no se desuniera, los que propusieron dos soluciones en la Asamblea para que resultaran únicos el partido y el jefe, los que han calificado de insigne locura política, y hasta de repugnante parricidio la ruptura, los que en todo momento reconocen la conveniencia y aun la necesidad de la reconciliación, no hemos de poner obstáculos en el camino, agrandando grandezas que rebajaran á quienes quisiéramos enaltecer.

Por eso he dicho siempre que éramos un regimiento compuesto de dos batallones iguales, que habíamos sido partidos en dos mitades, que somos iguales los unos y los otros, para que la unión se haga sin desdoro para nadie. Nosotros no queremos ver sometidos á nosotros á los que fueron queridos correligionarios nuestros, porque estamos resueltos á no someternos á ellos jamás.

Reconocemos que, cualquiera que sea la fuerza de cada uno, es mayor la de los dos juntos; que el país y la democracia y la Monarquía necesitan un instrumento de gobierno cuanto más poderoso mejor, y que no habiendo querido dejar al Rey la elección de jefe, porque eso han de hacerlo los partidos, es insigne torpeza el de hacerlo los partidos, es insigne torpeza el de colocar al Rey en la necesidad, no sólo de elegir [illegible] de los dos partidos para que y á la ruina, con tan lamentables y gravísimos peligros para la Monarquía, que ni siquiera quiero significarlos, sino dejar que vosotros los adivinéis.

Pero, ¿cómo se ha de realizar la reconciliación? ¿Diciendo una de las partes que abre los brazos para recibir á la otra? Pues á eso contestará la invitada, invitando á su vez á que cierren ó dejen caer los brazos para que no se cansen, y á que se sienten, porque no menos que sentados habrán de esperar una unión solicitada en términos parecidos.

No: la unión ha de hacerse de modo que cada parte procure que la otra no recorra un solo milímetro más que la mitad de la distancia que los separe, y sin que se atreva á proponer cosa alguna que no esté por su parte dispuesta á conceder, si á ella se le pidiera.

Proclamo, pues, la necesidad de la reconciliación; y añado, que si de hacer sacrificios se tratara, corresponderíamos á ellos plenamente; pero nadie extrañaría que á la soberbia contestáramos con mayores soberbias.

Si en tales condiciones se hace, como puede y debe hacerse, la reconciliación, sería un día de regocijo para la democracia, para el país, para el partido liberal y para la monarquía; pero, si no es así, porque la mezquindad de los actos no corresponde á la esplendidez de las palabras, bien estamos como estamos. Quédese cada uno con su fé y sus esperanzas. Las nuestras no son mezquinas ni andamos descalzos, ni hemos de pasar las noches al sereno. O gallosos y satisfechos de nosotros mismos, con la tranquilidad de conciencia que deja la persuasión de haber pensado seriamente en los problemas nacionales, y el estar dispuestos á proporcionarles soluciones patrióticas, cumpliremos con nuestro deber, que se resume en estos vivas: ¡Viva el partido liberal! ¡Viva en toda su integridad la democracia! ¡Viva el Rey!

El señor Moret.

Una salva de aplausos saludó al ilustre jefe del partido liberal cuando se levantó á usar de la palabra.

—Señores y correligionarios, dijo—y el fogonazo fotográfico de rúbrica le interrumpió—espero que mis palabras quedarán fijas en vuestros espíritus, como en el clisché nuestras figuras, y que todo lo que no quede en el corazón, se disolverá como en el espacio el humo del magnesio.

El valor que tiene este acto, es muy grande, quizás como ninguno otro de la vida pública contemporánea.

Quiero que aquí resuene el sonido de aquello que siento, y de todo lo que digamos, llevéis la impresión de que procedemos con sinceridad y movidos por los más puros ideales.

Nos reunimos aquí para cambiar impresiones acerca de nuestra conducta, de nuestro programa, de nuestra actitud en las Cortes y fuera de ellas. Yo he preguntado hoy al jefe del Gobierno, cuál era su programa, y nada concreto me ha contestado. Si pues, el Gobierno carece de programa, aquí podemos formar uno. El Gobierno sólo tiene como proyectos que podemos llamar programa suyo, la reorganización de la Marina, que implica un gravamen al Presupuesto de gastos, y el impuesto sobre los alcoholes, del cual fía mucho como refuerzo del Presupuesto de ingresos.

Durante el interregno parlamentario, se ha efectuado el viaje del Rey á provincias, hecho causante de una explosión de entusiasmo monárquico. Ha habido dos atentados, uno explicable y otro no. Algo que toca muy de cerca al catalanismo.

Hoy se ha abierto nuevamente el Parlamento. Ya veremos lo que se hace.

En estas circunstancias, es muy difícil trazar un programa. Me remitiré al de 25 de Marzo, obra de nuestro inolvidable jefe, en aquella reunión que tuvimos el Sr. Canalejas y yo con el Sr. Sagasta; y este programa le recogemos nosotros por ser los únicos que podemos hacer nuestros los pensamientos y los propósitos de aquel gran político.

Explicando lo que es el partido liberal sin calificativos, dijo que es el que tiene un programa conocido, en el cual sobresalen, como puntos principales, la supremacía del poder civil y la Constitución de 1869.

Es el que tiene como faros que alumbren en su derrotero en el mar proceloso de la política, las figuras históricas de Mendizábal, Espartero, Olózaga, D. Juan Prim y D. Práxedes Mateo Sagasta.

Hay un enemigo que combatir en el Parlamento, dice luego, refiriéndose al Presidente del Consejo.

A este enemigo hay que reconocerle sinceridad y una extraordinaria facilidad de palabra. Por la primera de estas cualidades ataca de frente, dando facilidades para que el adversario se coloque á la defensiva.

En nuestra campaña parlamentaria, dijo, abordaremos la cuestión clerical y abordaremos también el problema agrario y la lucha de clases que se desarrolla en Andalucía.

El orador, en brillantísimos períodos, describe la miseria que reina en los campos andaluces en donde los braceros carecen de trabajo, los propietarios tienen paralizados sus capitales y el malestar es tal que requiere una acción inmediata que ataje tanto daño.

Ocupándose de la forma en que se hacen en España las tareas legislativas, dice que resultarán siempre estériles, pues dedicándose dos horas á preguntas y dos únicamente á las discusiones de proyectos útiles al país, en tan breve tiempo nada es factible. Recordó que las Cámaras francesas é inglesas comienzan sus sesiones á las once de la mañana y no las suspenden hasta dejar ultimados todos los asuntos á la orden del día.

Añadió que él ha propuesto al Gobierno ampliar las horas de discusión.

Historió la campaña hecha en las Cortes por la minoría liberal, justificando la obstrucción como una necesidad á que forzosamente hubo de recurrirse, pero mostrándose contrario á ella como procedimiento, pues la obstrucción es la negación de la libertad parlamentaria. Dijo que así como en medicina se acude á la cirugía para salvar la vida extirpando el miembro gangrenado, así en la vida parlamentaria hay que emplear la obstrucción como recurso radical para extirpar los abusos del poder.

Aceptó las responsabilidades que pudieran alcanzarle por haber empleado la obstrucción.

Recordó su actitud en la cuestión de las incompatibilidades y en defensa del precepto constitucional infringido, reconociendo la buena fe con que en dicho asunto procedió el señor Maura.

—A nosotros se nos ha amenazado—dijo—con ejercer la obstrucción en nuestro daño cuando seamos poder. Si es por motivos iguales á los que á nosotros nos inspiraron, acepto el reto.

Entrando en la última parte, la más sustanciosa del discurso, abordo francamente el problema político.

—El partido liberal está capacitado para ser el instrumento de Gobierno que debe constituir; pero en la forma como está constituído, con ser, como somos, muchos, ¿podemos aspirar á llegar al poder? ¡No! El partido liberal no puede ir al Gobierno en su actual situación. Dos fracciones que le constituyen, si una de ellas fuese llamada por la Corona, la otra ¿en qué lugar, en qué situación quedaría?

Abogó por la unión. Recordó los trabajos que se hicieron para conseguirla, dando al partido un jefe. Puntualizó lo ocurrido en la asamblea del Senado, adonde acudió sabiendo de

Insistió en que á fin de lograr la unidad, se brindó á que si la otra personalidad en candidatura para jefe convenía en que lo fuese quien tuviese mayor número de votos, todos los liberales aceptarían el convenio; y éste fué rechazado, y ocurrió lo que todos sabemos.

—Yo, añadió, puedo sacrificarme, puedo anularme. ¿Pero me es dado arrojar en medio del arroyo la confianza que pusisteis en mí, el mandato de que me habéis investido?

¡No! ¡En modo alguno! (Grandes aplausos). Yo quiero, deseo, apetezco la unión, pero la quiero sin sonrojos. Anhelo una fórmula que á todos nos vuelva á unir. Venga esa fórmula, y nosotros la aceptaremos.

Terminó con una brillantísima frase, diciendo que los liberales desean entrar en la Unión como el Amazonas entra en el mar, mezclando sus aguas dulces á las salobres del mar y haciendo que unas y otras se confundan hasta no ser más que unas mismas; que es lo que son y han de ser las ideas de todos los liberales.

Una ovación muy estruendosa y repetida acogió las últimas palabras del insigne orador, ante el cual desfilaron, felicitándole cuantos en el escenario había, y numerosos grupos y comisiones de los que llenaban el teatro.

El Sr. Moret fué acompañado hasta la puerta de los Jardines por la plana mayor del partido, y despedido respetuosamente por todos al subir á su carruaje.

Los que asistieron.

Senadores.—Aguilera Velasco, Almina (conde de), Alonso Martínez (marqués de), Bastida Fernández, Bonet (barón de), Campomanes (conde de), Denia (duque de), adherido; Fernández Villaverde (D. Enrique), Gallardo Tovar, García Molinas, García Ogara, López Muñoz, López Pelegrín, Luca de Tena, Mariano (marqués de), adherido; Merino Ortiz, Pardo Balmonte, Pulido Fernández, Ranero Rivas, Salvador Rodrigáñez (D. Amós), Suárez Guanes, Verdejo Ramírez, Villagracia (marqués de).

Ex senadores.—Aznar Butigieg (J.), Almanzora (marqués de) Belmás Estrada, Comas Masferrer (aherido). Díaz Alvarez, Fernández (Inocencio) Fuenmayor (Pablo), Gómez Cabezón, Guadiana (conde de), Guihou, López Martínez (M.). Luengo y Lajo, Marqués de Prado, Medina Frías, Pardo Moreno (adherido), Pelayo y Diego Madrazo id.), Rózpide Berriz, Ruiz de Velasco, Sendín G.ª Hidalgo, Vázquez López (M.), Vega de Hoz (barón de), Zafra (marqués de).

Diputados á Cortes.—Sres. Abella Casariego, Ariño González, Aura Boronat, Aznar Butigier, Baena (duque de), Bañón González, Belaunde y Costa, Bustelo González, Camo Nogués, Calleruelo Poviodos, Cid Santiago, Delgado Martín, Franco Flórez, Garay (conde de), Galarza Vidal, Gascón Guimbao, Gasset Chinchilla, Gómez Arroyo, Groizard y Coronado, Jove Piñau.

Merino Villarino, Morella (Marqués de), Moret y Prendergast, Moret y Berdote, Pérez García, Quiroga L. Ballesteros, Quiroga Vázquez, Requejo y Avedillo, Riu y Periquet Rivas Santiago, Rodríguez de la Borbolla, San juán Sarria, Sanjurjo Naira, Silvela Casado, Solsona Buseiga, Suárez Inclán (J), Suárez Inclán (F), Tenorio Vega, Torre (Barón de la), Testor y Pascual, Villafranca de Ebro (Marqués de), Zorita Díez.

Exdiputados.—Sres. Alonso Colmenares, Antequera y Arana, Avedillo, Bermejillo (Luis), Cánovas del Castillo (J.), Cortinas Porras, Delgado y Bayo, Díaz Cañabate, Domínguez Alfonso, Golán y Castillo, García Monfort, Gascón Carvantes, Gómez Acebo, Hervas y Fontes, Laviña y Laviña, Ledesma Hernández, López Ballesteros, López Pelegrín, Luque, Llera, Maristany y Oliver.

Matos (Antonio), Montilla y Adán, Muñoz Chaves, Novella Galvé Ojesto, Ortueta Murgoitio, Orín de Rueda, Pertegaz, Puerta (D. Ricardo de la), Puerta (D. Gabriel), Retortillo y de León, Rodrigáñez Vallejo, Rózpide Berriz, Ruano Mazzuchelli, Sabater y Fernández, Segura Fernández, Santana, Suárez Inclán (H.), Torre Quiza, Travé Escardó, Urquía Redecilla, Vázquez y López (V.), Zavala (Manuel).

El nuevo Comité.

El Comité provincial, elegido por aclamación, fué el siguiente:

Presidentes honorarios.—Sres. D. Segismundo Moret, duque de Veragua, Amós Salvador, Alberto Aguilera, Félix Suárez Inclán, Fernando Merino.

Presidente efectivo.—Señor conde de Romanones.

Vicepresidentes.—Sres. D. Pablo Ruiz de Velasco, Federico Requejo, Antonio López Muñoz, Angel Pulido.

Contador.—D. Juan Ranero.

Tesorero. D. Venancio Vázquez.

Secretario general.—D. Juan de Dios Raboso.

Secretarios.—Sres. D. José Sarthou, Niceto Alcalá Zamora, Luis Valero Martín, Ladislao Redondo.

Vocales.—Los presidentes, secretarios y representantes de los diez distritos de Madrid. Los senadores y diputados á Cortes por Madrid, los diputados provinciales, concejales y directores de los periódicos adictos al partido.

OTRA VEZ "LA MAQUINISTA"

En el *Boletín oficial del ministerio de Marina* leemos la siguiente Real orden:

«Dada cuenta de la carta núm. 1.403, de 16 del actual, del capitán general de Cádiz, con la que acompaña relación de los efectos que *faltan* del cargo del *Princesa de Asturias* y que *deben ser facilitados* por la casa constructora de las máquinas:

S. M. el Rey (q. D. g.)—de acuerdo con lo informado por la Inspección general—se ha dignado disponer se remita á la sociedad La Maquinista Terrestre y Marítima de Barcelona, constructora de las expresadas máquinas, copia de la antedicha relación, á fin de que la mencionada casa manifieste si ha entregado en el Arsenal de aquel departamento el completo de los efectos que con arreglo al contrato le corresponde suministrar, ó si *reconociendo que ha omitido los comprendidos en la unida relación se encuentra ó no dispuesta á subsanar su falta.*»

ESCARCEOS

Resultó muy bueno el té.
Un té verde caravana
sinonimia del Desierto
que nos hace cruzar Maura.

—

Les Vells en la Comedia
hicieron que Borrás
ganase anoche un triunfo
inmenso, colosal.

—

Los alcoholes no pasan,
Osma querido,
Hay ya conjura en puerta
para impedirlo.

—

Un superabit de veintiún millones
asegura el Gobierno.
Lo mismo pudo ser de treinta y ocho,
ó treinta y ocho y medio.
Los superabits pronto *se calculan;*
todo es cuestión de ceros.

P. p.

CRITIQUILLA

NO MAS BIMBAS

El Congreso está fresco, fresquísimo. Ni Maura tiene frescura mayor ni es comparable el Salón de conferencias á la más fresca de las valencianas horchaterías.

Allí se respira, los Presupuestos resultaron ayer agradables, porque también son frescos.

Unicamente se mantiene en toda su rigidez universal la indumentaria de los padres de la patria y de algunos periodistas graves.

Los reporters, la gente joven, lucían ayer por salones y pasillos la holgada americana y el cómodo si que también elegante sombrero de más ó menos paja.

Más que menos, porque la moda impone los sombreros de tejido doble ó triple y paja basta.

El caso es que por una galantería nunca bastante alabada del Sr. Romero Robledo, nos vemos libres de la insoportable levita y del tremendo y axfisiante copalta.

Legisladores y legisladas pueden estar en el Congreso á sus anchas.

Los primeros, porque así trabajarán más á la ligera, y con mayor ligereza; los segundos, porque se libran de la tiranía *bimbal*.

Aplaudimos la reforma y deseamos sirva de precedente para muchos actos y aspectos de la vida publica.

Vistamos y vivamos á *nuestra comodidad*.

El traje no hace al político.

Se puede tener levita flamante y chistera mágica, y no llevar nada útil dentro de la levita y debajo de la chistera.

Y viceversa. Puédese lucir *una americanilla* de alpaca y un *pajero* de 3,50 pesetas, y llevar dentro de la americana y debajo del *pajero* todo el talento de Maura y la sabiduría de Osma.

¡Bien por el presidente del Congreso!

¡No más bimbas!

¡Ay! Si tan fácilmente y con igual inmediato resultado pudiéramos decir:—¡No más Maura!

Felicidad completa.

¡Miel sobre hojuelas!

ZIS ZAS.

El Rey en la Academia de Medicina

La docta Corporación, única entre todas las Reales Academias que de casa propia carece, y en local no muy amplio tiene su domicilio, se verá hoy honrada con la visita de S. M. el Rey, bajo cuya presidencia se celebrará la solemne ceremonia de dar posesión de su plaza de académico numerario, al Excmo. é Ilmo. Sr. don Francisco Huertas y Barrero.

Vecina nuestra la Real Academia de Medicina, en sus alegrías y satisfacciones tomamos parte cariñosamente. Vémosla hoy ufanarse de que á su recinto, sagrado para los devotos de la ciencia médica española, templo altísimo, al cual no se obtiene el apetecido acceso sino después de muchos años de batallar en las clínicas, en las cátedras, en la visita domiciliaria, allí donde hay enfermedades que combatir, secretos que investigar ó sorprender, estudios inacabables que realizar en bien de los humanos, de que en su recinto se destaque hoy la juvenil figura del Monarca, demostrando que los Reyes gustan de compartir los arduos trabajos de los hombres de ciencia, no siempre bien estimados ni siempre recompensados y estimulados debidamente.

Para entrar en nuestra redacción cruzamos entre grupos de arbustos y plantas de lozana verdura; los ojos y el alma se recrean viendo los trofeos de los colores de la bandera patria.

La casa está de fiesta. Nuestros vecinos han sabido hacer bien las cosas. No disponen de un palacio, y en palacio han sabido convertir su residencia. El Rey viene á verlos hoy, á oirlos, á conocerlos individualmente, y estos doctos é ilustres varones, cuya profesión parece haberlos hechos insensibles á cuantas pequeñeces emocionan ó impresionan á la humanidad, no saben, ni pueden, ni quieren ocultar la emoción que les produce la visita regia. A ellos, que dan la vida á los mortales, viéseles hoy á ver la juventud que sintetiza la vida y esperanzas de la patria.

LA GUERRA RUSO-JAPONESA

IMPRESIONES

De las dos derrotas sufridas por los rusos, que anuncian los telegramas de ayer, hemos de prescindir de la habida en Fenghoang-tcheng, porque no es verosímil suponer que aquéllos hayan podido llegar en gran número á este punto, sin asegurarse que real y efectivamente estaba evacuado, ocupando antes de entrar en el pueblo las posiciones que lo dominan.

No sucede lo mismo con la victoria obtenida por los japoneses, forzando el paso del pequeño istmo que da entrada por tierra á la pequeña península de Kuang-Tung, en que se halla situado Port-Arthur. La verosimilitud de los detalles que contienen los telegramas de diferentes procedencias y, sobre todo, la notificación oficial que de ello ha dado la Legación japonesa de París, nos obliga á concederle entero crédito.

Con ello podemos dar por empezado el verdadero ataque para la toma de tan importante plaza, y ver desmentido en absoluto, el que los rusos hubiesen abandonado á Dalny y hubiese sido ocupado por los japoneses; porque si tal hubiese sucedido no hubiesen tenido estos que forzar el paso del istmo en que está Kin-tcheon.

En el combate ha tomado parte toda la flotilla de torpederos auxiliada por cuatro cañoneros, apoyando el avance de las tropas, que por necesidad tenían que dirigirse de frente á las posiciones ocupadas por los rusos, con el fuego que de flanco y de revés, hacían sobre ellas.

Aunque la toma de las plazas de guerra ha requerido siempre un sitio, y, por lo tanto, gran espacio de tiempo para lograrlo, no creemos que en el caso presente suceda lo mismo, ya por la actividad de que vienen dando muestra los japoneses, ya también por el auxilio poderoso que tendrán con su escuadra y porque las posiciones que dominan la plaza sólo están fortificadas de un modo permanente para defender el puerto y para resistir el ataque que pueda venir por el camino que recorra la línea [illegible]

© Biblioteca Nacional de España